

Centenario del nacimiento de Ramón Gómez de la Serna

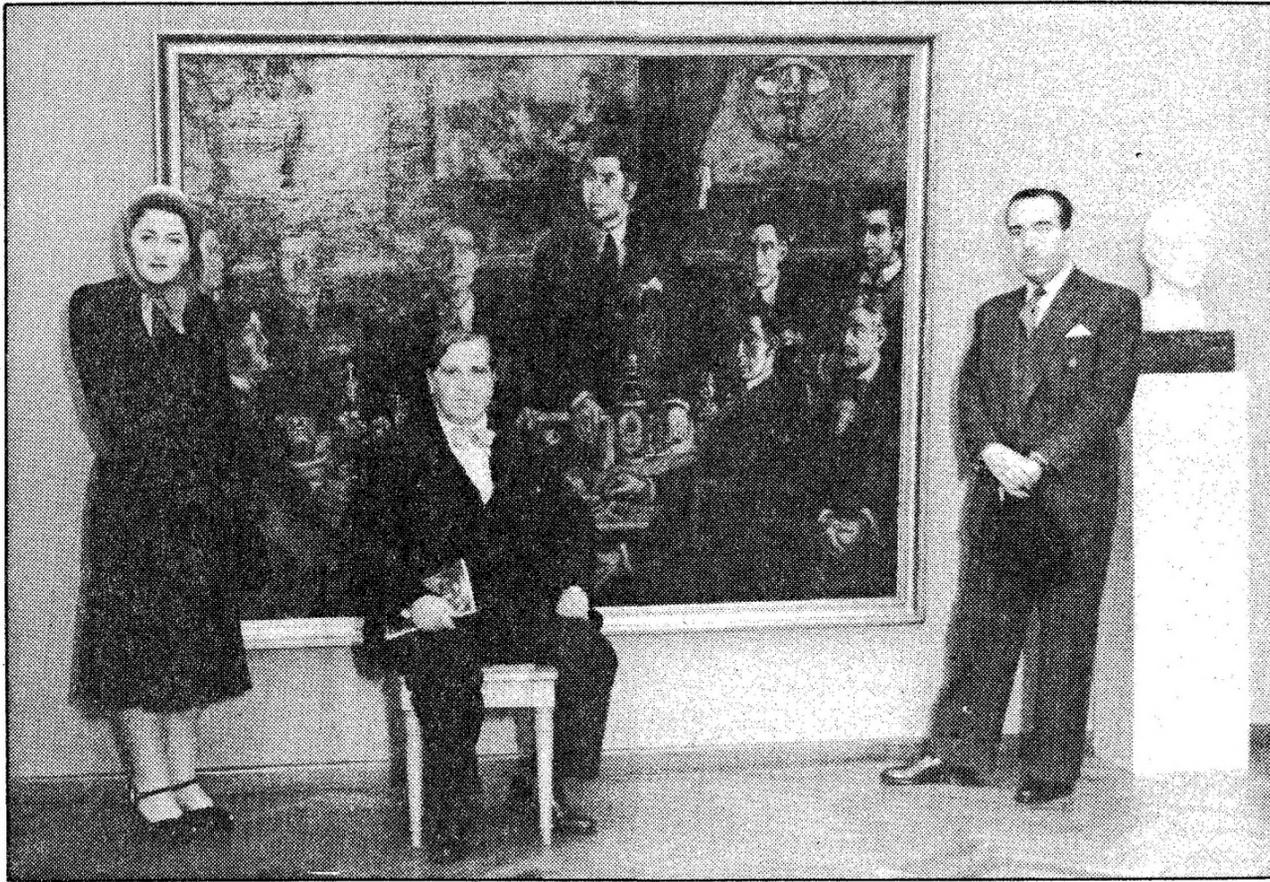
Ramón, liberado de apellidos

CUANDO en marzo de 1930, a poco de caer la dictadura y con ocasión del homenaje a los intelectuales castellanos que frente a Primo de Rivera habían salido en defensa de la lengua catalana acudíamos a recibirlos al Apeadero, recuerdo bien que los jóvenes "iletraferits" nos apresurábamos, apretujábamos, no para saludar a los maestros Menéndez Pidal y Ortega, tampoco a Marañón, Sáinz Rodríguez, Américo Castro ni Pérez de Ayala, sino para ser presentados a aquel ser chaparro y tieso sobre diminutos y bien calzados pies, sonriente y cantarín con tafia testa empastillada y su mechón rebelde. Y de valedor para el encuentro, nuestro ya amigo Ernesto Giménez Caballero, alma de "La Gaceta Literaria" y autor, con Joan Estelrich, de la resonante Exposición del Libro Catalán celebrada en la Biblioteca Nacional en diciembre de 1927.

Aquel centro de nuestra atención no era otro que Ramón Gómez de la Serna, el Ramón por antonomasia y padre de todas las vanguardias nuestras. Centro no sólo para los más jóvenes e inflamados, si dos fechas después Víctor HURTADO y su semanario "Mirador" organizaban una sesión privada en la Sala Mozart donde, alternando con la proyección de "La mano", celuloide rancio, y "Un chien andalou" (previa una declaración de Dalí leída por Josep Maria de Sucre), fueron disertantes Giménez Caballero y Ramón de la Serna. Éste con una plástica descripción del paisaje de Castilla, pues de homenaje a castellanos se trataba, descripción cimentada —"es paisaje inasible porque no hay un árbol, ni una piedra"—, o subrayada, con una docena larga de resonantes cacareos del conferenciante, desde el loco y agudo o el fulminante en zigzag pasando al mayestático con corona visigótica, y por el haldudo y parsimonioso a los seriados de susto y huida, sobresalto de ser cogido y el final cacareo en retorcimiento. Y con regocijada admiración no sólo de los nuestros, pues en ella no fueron segundos los homenajeados y entre ellos recuerdo los Montes, Mourlane y Bergamín, Marichalar, Fernández Almagro, Jarnés, Chabás, Ledesma Ramos, Arconada, Balbontín.

Vocero de las vanguardias

Porque el entusiasmo no fue exclusiva de los bisoños mosqueados del surrealismo y sus provocaciones, sus "cadáveres exquis", "collages" y todo el armamentario menos o más lúdico. Ni tan canora disertación tuvo que ver con añejas escenificaciones ramonianas y hartos circenses (que para los nombres citados eran ya agua más que pasada) cual la de encaramarse en un trapecio y hacer como que leía la conferencia en un interminable rollo de papel, o lo de



Ramón Gómez de la Serna ante un cuadro de Solana en el que aparece el escritor

"Fundador de su propio ismo, no quiso crear tendencia literaria pese a su influencia"

"Trabajó sin descanso para introducir valores forasteros en nuestro ruedo cultural"

soltar greguerías —el género literario de su invención— a lomos de un elefante. Aquí el capitalino que su infancia pasó en Tierra de Campos, en aquella dilatada sequedad de vida hidalga y pobre; el mayorazgo que en aras a su vocación no reivindica el título marquesal de los Ulagares ni el de vizconde de Castilruiz de su solar abulense, para explicar su país parte de uno de los puntuales atisbos —"no de metal amartillado en láminas por la tesonera retórica"— que en él alabó Jorge Luis Borges, como también su omnívoro entusiasmo y la heroica urgencia de aferrar la vida huidiza. Apreciación que el mismo Borges refuerza con el maravilloso: "¿Qué videncia final la de su espíritu para atisbar el lago de sangre que encierra el fondo de las plazas de toros y son su obscuro corazón!"

Adelantado y vocero de todas las vanguardias, a contados meses de publicarse el manifiesto del futurismo Ramón lo traduce en su

revista "Prometeo", y dará cabida a colaboraciones de Marinetti; es amigo en París de Max Jacob y Apollinaire, de Picasso, Lhote, Modigliani, los Delaunay y Diego Rivera, y de Tristan Tzara y Arp en su cabaret zuriqués; asiste luego a las "hazañas" del dadaísmo en París y ya en 1920 entrega al editor "El cubismo y todos los ismos", cuya versión definitiva —"Ismos"— da once años después. En el interin Cansinos y Guillermo de Torre le invitan a encabezar el movimiento ultraísta, algo que Ramón declina pues, fundador de su propio ismo, no aspira a crear tendencia literaria en pos suyo, pese a que por entonces su influencia difusa fuera grande (Tomás Borrás, Jardiel, Neville, Espina, Samuel Ros, Obregón, tantos más) y Valery Larbaud lo proclama uno de los tres mayores escritores del siglo (con Proust y Joyce, claro está). Él es quien trabajó sin descanso para introducir, con prólogos y presentaciones, signifi-

cativos valores forasteros en nuestro ruedo cultural (Ruskin, Nerval, Banville, Villiers de L'Isle Adam, Lautréamont, Baudelaire, Barrés, Gourmont, Gide, Apollinaire, Cocteau, Morand), además de las señeras biografías que publicó de Lope, Quevedo, Góngora, el Greco, Velázquez, su tía Carolina Coronado, Azorín, Unamuno, Valle-Inclán, como de Poe y Wilde, de Goya, Juan Gris y Solana.

La tertulia sabatina

También nuestro escritor más conocido, por traducidas sus obras a tantas lenguas y metido él, con largas estadias (o huidas prudentes), en la vida literaria de París, de Lisboa o de Italia, en la de Hispanoamérica más tarde. Sobre la interminable lista de personalidades que desfilaron por su tertulia sabatina de la botillería de Pombo, puerto de atraque en el Madrid literario, desde Strawin-

sky, el sabio Vossler, Valéry o Le Corbusier, con Mac Orlan, Miorandré, Waldo Frank, Monelli y Bragaglia, con Ferreira de Castro, Almada Negreiros y Antonio Ferrer, más Crémieux, Mathilde Pommès, y por supuesto Tzara, Aragón o el citado Larbaud.

Tantas flores en vida y tamaño olvido desde su muerte en el 63 (peor, desde que por alérgico a las facciones políticas se enclaustró en Buenos Aires antes de cumplir los cincuenta, guerras española y mundial por medio). De tan largo e inmerecido purgatorio le sacaría valientemente Francisco Nieva en el 75, al hacernos caer en la cuenta de que tempranamente Ramón tomó el objeto literario y lo examinó de forma tan abstracta, creativa, analítica, como por las mismas fechas operaba Picasso con lo plástico en el cubismo, igual que Strawinsky y Webern en lo sonoro: todos ellos señalando un tiempo de abstracción formal, esforzándose en legitimar un nuevo

lenguaje, pugnando por adecentar el arte del siglo XX ante la empobrecida sensibilidad burguesa decimonónica. "Un libro de Ramón —escribía Nieva—, como en ciertas formas abiertas musicales se puede leer al revés, empezando por el final. La calidad, el sonido, la precisión de lo impreciso, tienen en las líneas de Ramón el exacto valor del serialismo musical, del simultaneísmo cubista".

Memoria visual

Así es. La poderosa memoria visual de nuestro escritor, su terco mirar cada brizna de la realidad que lo abarca, su épica del objeto —así sea el más trivial y oscuro—, ese petrificar lo accidental y mínimo para elevarlo a categoría, semejante y aplicado descomponer, seccionando cada trozo separado de la totalidad, para con ello descubrir y fijar otro pequeño, pero suficiente mundo, es efectivamente análogo a lo perseguido por el pintor Juan Gris y secuaces. El "rescate" definitivo de Ramón hay que hacerlo, por tanto, y vuelvo a Paco Nieva, "desde los puntos más altos de la revolución de la sensibilidad artística a partir de los comienzos de siglo y con referencia a los hitos más importantes: los Picasso, los Joyce, los Max Ernst".

Queda por tocar su avasalladora fe en la literatura, algo así como un vicio sin pecado que él practicaría, desde su adolescencia, con el ser e ntero y en todos los instantes de su ajetreada vida, acaso incluyendo los sueños. Llenando de sus grandes letras cientos de páginas con su tinta encarnada, a tenor de doce horas diarias: tres y más artículos diarios, conferencias, prólogos, además del sinfín de libros en marcha. Cuento dieciséis o diecisiete novelas grandes, mayormente en menos de veinte años, y 40 o 50 novelas cortas. Más los ensayos, los innumerables volúmenes de greguerías, su auténtica creación de Madrid, del Rastro a Pombo y lo demás, los experimentos teatrales, sus retratos, incluida la insuperada "Automoribunda" que cubre su vida hasta el 48. También uno de los más ricos en inventiva que haya conocido nuestro siglo. Para acabar como él mismo sentenció en una de sus greguerías finales: "Yo sé —¡valiente cosa!, ¡pero qué cosa!— que todo va a enfriarse".

Dejadme que a mi vez, y precisamente para que no se enfríe, en el entrañable recuerdo de tanto Virgilio tome del laureado poema "Ramón", del malagueño José López Ruiz, estos primeros versos: "Qué personaje para ser cantado / en verso libre, tú, Ramón, tan libre / que hasta te liberaste de apellidos, / y circulaste, ramonianamente, / con tu nombre de olivo por el mundo!"

JUAN RAMÓN MASOLIVER

Vientos del Oeste

HAY sociedades que invitan a la contemplación callada, hay otras que incitan a la especulación y a la palabra. Los Estados Unidos forman parte de esta segunda familia, de modo que el visitante olvida con suma facilidad que sobre estas tierras se ha dicho casi todo y que probablemente cualquier cosa que se pueda decir entrará de lleno en el suma y sigue de tópicos. Pensemos en Nueva York: prácticamente desde que esta ciudad dio el salto se ha estado diciendo que llevaba la decadencia inscrita en sus paredes. Y así han pasado años y años con Nueva York en primera fila y con nuevos visitantes dispuestos a asegurar que esta vez va en serio, que esto se hunde, que la decadencia se palpa.

La decadencia es uno de los mejores trucos de que disponen los profetas y adivinos para hacerse respetar. Siendo que en el reino de los hombres lo propio de las cosas es que nacen, crecen y mueren, anunciando la decadencia, tarde o temprano se acaba teniendo razón. Aunque a veces sea tan tarde como para desconfiar plenamente de los métodos de los profetas, por más científicos que sean. Profetizar el decadentismo, salvo que sea con plazos fijos, debería ser moti-

vo para retirarse automáticamente las credenciales profesionales al presunto profeta.

Lo cierto es que en Estados Unidos de nuevo toca hablar de decadencia. Si los previsibles desahucios que han coronado la era Reagan —aquí tampoco era difícil ser profeta— han puesto el clima adecuado, Paul Kennedy ha dado hechuras teóricas a este neodecadentismo con un libro de éxito que establece las leyes de la liquidación de los imperios, a partir de la correlación entre capacidad productiva y gastos militares, que augura a los USA un destino parecido al del Imperio Romano.

Con o sin decadencia, los Estados Unidos siguen invitando a tomar la palabra. Y creo que una de las razones que explica esta constante interpelación al visitante europeo es el extraño malabarismo que este país ha hecho con la percepción de la realidad.

Se dice a menudo —otro tópico— que Nueva York es un caso aparte, que no tiene nada que ver con el resto de los Estados Unidos. Creo que es exactamente al revés: Nueva York es la síntesis, el paradigma donde se muestra en forma de caricatura este descubrimiento americano que consiste en metamorfosarse permanentemente la

realidad en mito, para no tener que preocuparse de modificarla.

Dicen que los Estados Unidos es la sociedad más transparente del mundo. Con ello se quiere señalar que es la sociedad que enseña con menos vergüenza las propias miserias: los guetos, la marginación, las enfermedades, la violencia, los criminales, las desigualdades, etcétera. Quizá sería más preciso decir que la sociedad americana es la más exhibicionista. No sólo lo enseña casi todo, sino que de cualquier cosa se hace una mitología. De Harlem se ha hecho una leyenda que tiene en vilo al turista deseoso de visitarlo a pesar de los riesgos que le han dicho que encierra (hay incluso una agencia especializada en recorridos turísticos por el barrio); Alcatraz, una cárcel que Robert Kennedy tuvo que cerrar por las vergonzosas condiciones de reclusión, es cita de los tours turísticos y las tiendas venden camisetas, encendedores, llaveros, todo tipo de souvenirs de la isla penitenciaria; el gangsterismo ha sido elevado por el cine a la mitología contemporánea y el turista se siente Al Capone viajando por Chicago con limousine; el sida se ha convertido en una alucinante enfermedad espectáculo, con una

presencia mediática sin equivalente en la historia de la medicina; los ricos exhiben su prepotencia como hasta hace bien poco habría sido absolutamente impensable en Europa y se venden recuerdos con el dólar como tema. Suma y sigue de exhibiciones de cosas que, por lo general, en Europa son tratadas con lógica de pudor y discreción.

No es el elogio del pudor lo que se trata de hacer aquí. El pudor es también a menudo una forma de engaño y confusión. Lo que se plantea es la crítica de una determinada idea de la transparencia más próxima del exhibicionismo que de la atención a la verdad de las cosas. Una transparencia que no ha servido tanto para conocer los problemas como para metamorfosarlos en una suma de pequeños mitos. Todo tiene su lugar en la letra impresa y en la pantalla, como si de este modo, sacándolas del olvido, elevándolas a categoría mediática, las miserias humanas ya no pudieran reclamar interrogación ni atención alguna. Una relación con la realidad que probablemente se explique por la peculiar circunstancia de un imperio sin historia ni tradición, pero que choca de frente con la conciencia europea acuñada a través de siglos de atormentada civilización.

Ciertamente, presentar las cosas tal como son, sin miedo a la crudeza, puede ser el primer paso hacia el conocimiento y por tanto hacia las soluciones. Pero puede ser también el camino para la construcción de una conciencia tramposa, aquella que no vive la realidad críticamente sino que la vive míticamente. Disimular las miserias no es ninguna solución, a Europa le sobra secretismo y pudor y le falta transparencia, pero demuestra una conciencia de deuda entre lo que es y lo que podría ser. Mitificar las miserias confirma una aceptación sin rubor de la realidad. Si hacemos de la realidad mito, todo está bien tal como es. Los mitos son para permanecer, no para ser cambiados. Harlem, el Bronx, el sida o el gangsterismo ya tienen los honores de la mitología, dejan de ser problemas. Y, poco a poco, la sociedad que hacía gala de su juventud como razón de su viveza y su espíritu de apertura, va encallando en la trampa de creerse su propia película. Del reaganismo a cierto snobismo de otra época, las pinceladas de provincianismo cada vez tienen colores más intensos incluso en Nueva York, la metrópolis por excelencia.

De un tiempo a esta parte, hemos visto en Europa reiterados in-

tentos de importar esta lógica americana de la percepción social. Como si Europa quisiera liberarse de las neurosis acumuladas por una sobredosis de historia, de cultura y de moral. Probablemente, Europa necesitaba un periodo de cura de tantas angustias ideológicas y morales. Pero sería una pena que el mimetismo de la metamorfosis americana de la realidad se impusiera precisamente cuando Europa se encuentra con desafíos parecidos a los que Estados Unidos no supo resolver: la integración de diversas culturas y etnias con pleno respeto a la igualdad de derechos y la superación de una división social del trabajo que deja unas irreducibles bolsas de marginación por el camino. A veces parece como si algunos quisieran optar por resolver estas dificultades mediante el truco de las camisetas, de los llaveros y de los encendedores para turistas. Es decir, convencernos a todos de que las cosas son tal como son irremisiblemente. Hacer de la realidad un mito, y lo que es peor: creérselo. El pragmatismo es útil como medio, es ridículo cuando se convierte en creencia, en ideología. Es ridículo y ciego, nos deja sin perspectiva.

JOSEP RAMONEDA